

FÍGARO.

PERIÓDICO ESPECIAL.

Se publica cuatro veces al mes.—Precios de suscripción: En Burgos, real y medio; en provincias, dos reales, pago adelantado. Números sueltos diez céntos.—Habana y extranjero una peseta.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Imprenta de la Sra. viuda de Villanueva, Plaza Mayor 2, y en la Lotería del Sr. Hernando, paseo del Espolon. Anuncios y preguntas á precios económicos.

Diciembre 7.

REDACCION Y ADMINISTRACION; LAIN-CALVO 20, 2.º

Núm. 38.

EL INGENIOSO HIDALGO D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

TERCERA PARTE
escrita por El Bachiller Avellanado.

CAPÍTULO IX.

De como Sancho es escudero de provecho.

Y á los que estaban esperando impacientes dijo Sancho Panza:

—No hay mas sinó que ya estoy aquí en toda mi persona, y no gasten mas tiempo, que para hacer disparates y embuchados no es menester deshacerse las cabezas; y por deseo de zuecos no hay meter el pié en el cántaro.

—Conque monte su señoría, dijeron los comisionados, sobre ese alazán y tome con nosotros el camino de la aldea cercana donde están las mesas preparadas.

—Lléveme ahora el diablo, dijo Sancho, si he de montar semejante bestiaza como la que traénme sus mercedes y vomita espumas. Quítenme, digo, de delante ese camellazo, que uno piensa el bayo y otro quien le ensilla, y dénme á albardar mi rucio, que es su valer un mundo, y el que no quiera caer no salga de su paso. Ni juzguen sus mercedes que es asunto de poca monta albardar asnos, pues no hay jumento que no sepa torcer el pellejo y dar en el suelo con el caballero mas excelente; y líbreles á sus mercedes la buena suerte de asnos mal albardados.

Con esto montó Sancho en el rucio, despues de haberle á su sabor acariciado, y fuese con los labriegos hácia la cercana aldea; y como advirtiese cuantos caballeros y principes rodeaban el palacio del Señor Marqués, exclamó:

—Montas, y si es mocosa la honra que hace á mi señor esta tropa de reyes y emperadores, y si resuenan clavicémbanos, flautas, salterios, panderos y sonajas, sin que se deje ver reina ninguna ni dueña dolorida; pues lo mejor de los dados es no jugarlos, y sobre negro no hay tintura.

—Y para esta ocasion, preguntó un sencillo villano, sobre todas solene, no hay dudar como su señoría verná bien provisto de dineros.

—Ahórquenme ahora mismo, contestó Sancho, si he un solo cornado, que es tercio de una blanca, y menguado del que sufre cochura por hermosura; y quien al lobo envia carne espera, y mal se abriga la cabra con el rabo, ni honras se venden ni se compran si no en feria de fulleros; á bien que en el pecado va la penitencia.

—Pues de esa manera, prosiguió el villano, mal vamos, y no será malo que piense su señoría de donde ha de salir para misas tantas.

—Milagro es menester, dijo Sancho, mayor que los del bendito San Antonio, ni sé como hayan de hacer la noche día; mas ahí está la su merced que puede dar hora pruebas del su ingenio.

—No es la ocasion tan calva que hayan de asirla por un cabello, replicó el aldeano,

Sancho detuvo el rucio y prorumpió:

—¡Vive Roque, y por las mismas barbas de mi aguelo, que es el mismo Aristóteles al lado de su merced niño de teta!

—Primeramente, continuó el rústico, puede su señoría tomar dineros prestados, sin haber de reparar en lo que por ellos pidieren, pues, llegado que su merced fuere á lo alto no ha de serle dificultoso el salir de la trampa.

—¡Oxte grullo! exclamó Sancho, y no hay sonar esos cencerros; y cuando tuvieres un pelo mas que pelo á pelo pélate con él y no al revés; y subíós sobre el poyo, Marimartin, para que os vieren; y el deber de dineros llévase consigo el sueño.

—Tome entonces su merced, insistió el villano, esos dineros sin que haya de devolverlos, que es mas breve camino.

—¡Hou, gerifalte! gritó Sancho, y ojo allá que feria va; y explicarse ha el doctorado en Triana.

—Ni quién quita, dijo el rústico, que pague su señoría dineros con favores? y aun haciéndose de pencas.

—Ya voy tomando el pulso á su merced, contestó Sancho. ¿Y no se le alcanza algo mas al buen hombre de asunto de dineros?

—Aun pudiera su señoría tomar otro sesgo, dijo el preguntado, que es el hacerse con ellos baratos por la su fama y aun prestarlos con ella misma á buen beneficio.

—Y apuesto yo todavía, replicó Sancho, á que sabe su gentileza dar dineros prestados al que se los prestó á su gentileza; y eso con ganancia y cumplimientos, y á condicion que los dineros sean los mismos. Y apostando sigo á que su gentileza ordeñar ha á un alcornoque, y á que si el gran tagarote no se me quita de delante le pásée yo todo de arriba abajo por lo-baton y por polinche.

En este instante llegaron á recibir á Sancho gentes muchas de la inmediata aldea con grandes comedimientos. Descubriéronse todos al saludar á Sancho, ofreciéndole toda suerte de servicios.

—¿Y por qué es quitarse sus mercedes las monteras? preguntó Sancho.

—Es así de hacer, digeron los rústicos, como que su señoría viene á ser procurador nuestro.

—Esto no entiendo, añadió Sancho; pues yo debiera desmonterarme, y no sus mercedes, que están muy bien monteradas.

—Mas su señoría viene no menos que oficialmente señalado, y eso basta, respondieron.

—Pues, ríome de gran tocado y chico recabdo, contestó Sancho; y huyendo del peregil le nació en la frente; y el físico de Orgaz catábale el pulso al hombro.

Con esto entró en la aldea la comitiva, en la cual esperando estaban al escudero los vecinos todos con muy grandes fiestas y regocijos; y diéronle lugar entre las filas de los señores que habian poder dar votos, por ir andando el arriate á modo de procesion; y todo era silencio y ceremonia

cuando á un tiempo comenzaron á gritar chicos y chillar mujeres, vocear hombres y sonar á toda prisa las campanas, ladrar perros y cantar cuadrúpedos, que no parecía si no haberse soltado todos los diablos. Amen de los estallidos de las cañas de pólvora que por todos lados disparaban.

—¡Guárte, lagarto cojo, dijo Sancho, y si la ocasión estaba para alazanes! y aun Dios y ayuda.

El rucio, no acostumbrado á festividades tales, y algo qué holgón por aquellos días, comenzó á bajar la cabeza, y mas las orejas, á menear la cola menudito y tomar un trote picadillo, que al aparecer de los pendones y banderas y al resonar de los redobles de las gaitas, atambores y castañuelas degeneró en brinco al soslayo y en coces declaradas por las cuales vino Sancho á dar consigo en el suelo.

—Hallado habeis la gritadera y Sancho el su rocín, dijo el escudero, y bien te quiero, mas ¡ba! Y ayuden que me levante.

—¿Háse roto algo su señoría? preguntó el cirujano.

—Entiende, pues, su merced algo de eso, contestó Sancho enderezándose malamente y tomando del diestro al asno.

—Sepa su señoría como soy examinado, contestó el buen hombre.

—Conocile á su merced en el rostro y en el dejo, añadió Sancho; mas lo que es de hacer ahora es huir esta Babilonia y desembarcar en puerto seguro de esta borrasca tronadora.

Y así pasó; y el escudero fuese á la habitación que dispuesta le tenían, la cual reconoció prudentemente; y tomado que hubo asiento, dijo:

—Entren los calafates y manifiesten pronto y claro lo que se les ofreciere, sin prólogos, que es como quitar mas de medio discurso.

Y entrado que hubieron los encargados hablaron así;

—Su señoría no está en buen conocimiento de lo que acontece, que todo se lo pintan liso y llano, y há la procuracion competidores hartos y ricos que andan el negocio dia y noche con gran diligencia.

—¿Qué es andar el negocio? preguntó Sancho.

—Pues de sobra es ello claro de por sí, contestaron los agentes; que ayer y hoy era y es un asombro la algarazara en la venta del Zurdo; y no habia ni hay mas que pedir de clarete y pescadilla.

—Vigilia seria ayer y debe de ser

hoy, por ventura, exclamó Sancho.

—Para los de su señoría, contestaron todos.

—Pues agora comenzamos, añadió Sancho, que esto no es mas sino principio de cuaresma, y hasta los rucios se salen de sí con regodeos y dan en demasías, que nunca lo hubiera imaginado; y dádiva de ruin á su dueño se parece, y al mercado salisteis á ganar fama la Doña Juana.

—Con lo que, y Dios sabe la verdad, andamos como bausanes todo la boca abierta.

—Bostezaron, pues, sus mercedes! añadió Sancho.

—O herrar ó quitar el banco, concluyeron los rústicos.

—Valga á sus mercedes lo primero, dijo Sancho, que á lo segundo yo me atengo. ¡Alma de cántaro, y al buen atar del rocín y atábale por la cola! Alegrías, albarderos que el bálago se arde! y andar hemos en vigiliass! ¡llamáranme, voto á tal, el procurador truchuela!

No hubo Sancho terminado estas palabras, cuando comenzaron todos á salirse del aposento ceñudos y mohinos, pues aun en la broma fundaban esperanzas. Sancho aguardó sesudamente á que marchasen todos, y así que quedó solo llamó al huésped por preguntarle si habia en la casa quien supiese de letras; y como le digesen que si habia, asentose al lado de la mesa, puso entrambos brazos sobre ella y en los dedos la barba, y dictó de esta manera.

A los que nombrar pueden procuradores el escudero Sancho Panza.

—Hermanos: Lo primero salud á todos, porque sin ella vuestros votos serian á cribas y á tal y á cual antes que para mí; y antes que lo primero que Dios nos ampare y asista, pues El es fin y comienzo de todo asunto.

Despues de esto, asiento y declaro como no he de ser procurador del modo y manera como me cuentan; que es por entremedio del estómago; que si esto valiera ninguno mejor que yo pues me llamo Panza; mas, os advierto como soy escudero de caballero, y Sancho, y hombre antes que tripa.

Asombrado me ha como vuestras tan experimentadas excelencias han menester lecciones escuderiles contra niñerías de ambiciones, y no saben el refrán que quien se dá á público concejo pónese á precio de dineros; corazones son hombres mas

que cabezas, y virtudes son alimento de corazones.

Dícenme así bien, aunque no hay poder creérlo, como es uso y costumbre presentarse los hombres á sí mismos á pretender procuraciones, haciéndose cada cual del generoso, del sábio y del bendito, que es cosa de ver, sin que se enrogezca el semblante; y relatando y amontonando merecimientos tantos que no hay sumista que los declare; mas este cuidado dejo yo á vosotros, pues cada ollero su olla alaba y mas si está quebrada, y Pedro, Pedro atiza por gozar de la ceniza, y nadie le dió la vara y él se hizo alcalde y manda.

Con que si os placieren las cosas á derechas luego hemos de entendernos, que las torcidas son propias de candiles. Ni se me alcanza si no del pan pan y del vino vino. Si mal os quisiera, os desearia un procurador de saber mucho, pero sin Dios ni conciencia; porque probárais presto lo que es peste y el día del juicio. Ni entiendo lo de subirme á lo alto sobre vuestra espalda para dar luego al traste con la escalera; que ni por los tesoros de Crespo ha de salirse del quicio de su honra el escudero—SANCHO PANZA.

No habian sacado la epístola de la casa en que escribiéronla y corria ya de mano en mano por el pueblo todo. Al campanero pareció bien lo escrito mas no harto claro y completo, y reprochaban todos lo de la barriga. El señor maestro declaró á la epístola ignorante y falta, á fuér que nada decia de químicas y de agriculturas y de pedagogías como era del caso; pues el veterinario detestóla por astringente y el mesonero por dietética, y la anatematizó el concejo, en tanto que la Señora Benita, esposa del huésped, tan adelantada en años como compasiva y animosa, notando como Sancho habia quedádose solo y andaba pensativo además por el aposento, entró en éste, asentose tranquilamente con la gata acuestas y habló de esta manera.

—Cierto que á de hallarse su merced el señor escudero todo barajado de la cabeza, y á mas, á mas desencajado con tanto requisito y revoltillo como traen y menudean semejantes procuraciones, y que Domingo Ximeno por su mal vido el ageno. ¡Chucho! ¡pues y no ve la su merced como el animal me pasa el su rabo por la cara!

Sancho que vido la huésped y oyó su habla, entrambas manos en las calzas, replicó.

—A bien que ahí está la dueña quintañona para buen consejo; y diga ahora la Señora.

—Benita, para servir á Dios y á su merced en todo lo cristiano, que es lo primero.

—Bien lo dice la dueña, y aunque no lo dijera, replicó Sancho; y aun puede irse sola á convertir infieles á morería.

—Si que, como dijo el *otro*, aun no sabe nadie para que está en el mundo, contestó la vieja.

—Decirme há la bienaventurada, primeramente, ¿quién sea ese *otro*? preguntó Sancho.

—Hay en el mundo, dijo la Señora Benita, gentes muchas de estrépito grande que no han nombre, y son tantos otros.

—Y que es su merced pozo de sabiduría, añadió Sancho, y de tales ruidosas gentes que no han nombre, ni habrán de tenerle, será ese otro que la Señora Benita dice; y me place.

—Bien que todavía, continuó la huéspeda, pueda yo dar á su merced mas señas; pues dicese *el otro que bien baila*.

—De ese modo, prosiguió Sancho, ya no hay dudar y medrados estamos, y basta saber quien baile, como él dé en hacerlo bien.

—Sobre que con su merced, dijo la huéspeda, esto no reza, que el señor Sancho há propio nombre pido y resonante: ¡y cuantas veladas yo y el mio hemos pasado leyéndole á su merced, yo solamente escuchando por no ser letrada! Sobre todo ello, platicando con lo de la manta que le dieron á su merced en la Venta de Palomeque.

—Tira de ella el diablo, dijo Sancho, y del cuero salir han las correas en campos y en poblado; y no hay ventear mantas ni enmantar ventas sino andar por lo derecho y mirar para mañana. Y gastan caballeros y escuderos pagan mal bailando.

—Y el diablo anda tambien en Cantillana, añadió la huéspeda, que debe ser un lugar.

—No hay duda de ello, dijo Sancho; ¿y quién es *el de su merced* la señora Benita?

—¿Pues y no sabe el señor escudero, contestó la preguntada, como *el mio* llama la mujer al su marido?

—Ni entro ni salgo, dijo Sancho; y entre dos muelas cordales nunca pongas tus pulgares.

—Y así en este lugar en que su merced se halla, continuó la huéspeda, el señor Alcalde está hecho

toda una lástima por esos chopos.

—¿Qué son chopos? preguntó Sancho

—Pues esos arbolitos, dijo la anciana, que por su gusto se cortó el señor Alcalde, y se callan ahora como unos muertos, y así se callarían hasta el Valle de Josafát si le saca á su merced procurador, y volverse han docientos cólicos misereres si no sale su merced bien votado como le encargaron.

—No lo niego, dijo Sancho; pues, si la justicia da lo que es suyo á cada uno, algo ha de tocarle á ese buen Alcalde.

—Y el médico, prosiguió la anciana, sepa su merced que no quiere presentar su voto derecho, porque es el su decir de este asunto, que bien tomado el pulso, requiere dieta y cama. Lo demás no hay como poderlo contar pues que lo dijo en griego.

—Mi amo lo dice en latin, interrumpió Sancho, cuando quier se ve acorralado y no hay hallar salida; y á mengua de pan buenas son tortas.

—Y el señor cirujano, dijo la vieja, se ha llevado consigo, y su merced puede creerme, como la mitad del lugar á fuerza de sustos, que no hay oírle hablar sin que tiemblen las carnes. Cuenta como hay que aplicar sangría mucha y ventosas y sedales; sacar muelas y dar vomitivo sin medida; y para que su merced bien lo entienda, que es menester volver el mundo boca abajo y lo de dentro afuera. Y va con el veterinario emparejado.

—Cada oveja con su pareja, dijo Sancho, y el mundo es bola por todos sus costados.

—¡Ay! exclamó la señora Benita, poniéndose el gato sobre el brazo, ¡y si su merced supiese del mozo de mulas! ¡y como tendria todo lo dicho por torticas y pan pintado! ¡Y qué es el oírle hablar al limpia cascos! ¡Y como relata que hasta ahora fué todo farándula! ¡Y han de ser las mujeres catedráticas! ¡Y hemos de andar en volandillas como los pájaros! ¡Y somos todos micos! ¡Y no hay ir á la Iglesia para casarse!

—Señora Benita; cepos quedos, exclamó Sancho, ú oírnos han sordos, que no hay pensar hombres como á ganados, y sobre ello morena. ¡Y montas con los bellacos y como estuvieron esperándoles los tiempos todos para alcanzar sabiduría, y si hasta la venida al mundo de los taquines andúvose el mundo en paños menores! ¡Y al cabo hubimos por padres á las bestias!

—Razon há su señoría, añadió la huéspeda y ha de creerme como el señor Alcalde parece dañado de Baile de San Vito á causa de tanto moliendo. Y así es su no poder descansar en toda la noche. ¡Chape! ¡pues y no ve su merced lo zalamera que es la mi gatilla! Y todo por bien acomodarse, que no parece sino que es una persona. Pues apenas canta un gallo por la noche todo es asomarse la autoridad á la ventana, lo cual en cuanto conoce el mozo de mulas sácalas todas á beber con campanillas, y sale el cirujano á colgar la bacía, y el médico con el su perro á la visita y el veterinario á partir leña chopera, bien que sean las dos de la madrugada, que es mucho cuento.

—No hay dudar, dijo Sancho; y aquí viene agora lo de continuar ese trabajo y aplicacion de los señores que su merced acaba de referir, para lo cual es el dormir de día el señor Alcalde y haber á la mano dos alguaciles locos, si no se quisiere dejar andar fantasmas antiguas toda la noche.

—¡Ay! señor, exclamó la señora Benita, ¡y que es lo que su señoría está diciendo! ¡pues, y no ve como eso es volver á la aldea en purgatorio!

—Aun va algo de él al infierno, dijo Sancho; y zorros en zorrera el humo les echa fuera, y si eres ajo yo piedra con la que majo. Y al tafur tafurería. Y esto va de antes á agora, que allá todo era claro armado y frontero cuanto es ya de lindo y solapado; y lanzas tornáronse ardillas y escudos quita-aguas. Y note la señora como ya vuelve la gente.

Que, por si diablos fuesen bolos, en su capa envuelto ventase cada uno; y poco há del mundo que saber quitadas sensualidades y ambiciones; y chicos grandes son hombres.

Y fuese la huéspeda con la gatilla y entróse el señor meye, quien hizo saber al escudero como él podia muy bien dirigir una Casa de baños veraniegos, pues son muchas, largas y tristes las horas de las aldeas, y escasos y aún mermados los beneficios. Que él era de suyo buenote como pacífico y amante de la ciencia y de las luces. Sancho respondióle que si haría, por conocer cuanto vale un solo vaso de agua fresca bebido á su tiempo cuanto mas tomada á chorro por todo el cuerpo; que pensadas tenía ya para las aldeas y algunos meyes diferentes alegrías, y aún se podrían encargar al mismo buen humor en persona. Que para lo de la ciencia

no había como acudir á su tia el señor meye, la cuál le daría para libros, sobre que en asuntos de luces no hay como el sol.

—El señor alfageme manifestó á Sancho, como era su deseo ir á la Casa veterinaria de la Corte, y para ello érale muy en su punto la persona del señor procurador; y contestó Sancho ser tal idea justicia seca, y no tenía el pretendiente otra cosa alguna que hacer sinó ponerse en camino que éste se construiría el solo para este caso si no le hubiese.

Y el señor maestro expuso á Sancho como tenía confeccionado con todo el sudor de su rostro, un silabario amen de un ciento de grandes muestras; y como el buen escudero advirtiese algo desabrochado al pretendiente, contestó estar muy en buenos términos lo manifestado; que para muestra basta un boton, y de letras las gordas.

Conque el mozo de mulas ansiaba ir á servir á las reales caballerizas, lo cual estimó el escudero sin haber de añadir cosa alguna.

Y llegado que fué todo el concejo dijo Sancho

Maravillosa oventura y jamás visto suceso es qué sus mercedes agoten su seso por tan livianas causas y negocios como los que traen entre manos, los cuales así yo he de tomarme acuestas como bueyes vuelan. Y allá se lo hayan y con su pan lo coman, y trabajo les mando; ¿pues y qué es este sinó juego de muchachos, con tal que sean ellos revoltosos y descreídos?

Diérame yo á pensar con los mil Merlines y Caraculambros y Briareos si hubiese de inventar y sacar á luz el artificio de este mundo, ó los mandamientos que le gobiernan y han de gobernarle, bien sus mercedes todas y las que han de venir se empeñaran y ariscasen en términos contrarios; mas, si persona alguna no ha de añadir un cabello á los de su cabeza, ni mota al pabellon del universo, al cual ni conocen, ni vida ni aliento han para conocerle, si cual es se le mostraran, dénselo al respeto y obediencia *DEL que hace y sabe*; que cuidados agenos matan al asno, y el que al vil sirve con devocion ha vileza y no mas por galardón.

Ni son vuestras mercedes los que declarar puedan á los sabios sinó tiempos y pruebas. Dénme, pues, agora aquí los hombres honrados que se escondan y rehusen á mas no poder procuraciones, y lloren de pena á lágrima viva el haber de recibirlas, que esos

y no mas son los sábios verdaderos, y quítenme de aquí todo vandro, y Juntarafe, y Juanplatero y Juandorado. Y echen, cuantos mas mejor, los buenos hombres todos dentro de un cesto, y saque luego la suerte el mismo diablo. Y no haya leyes sin el consejo público de varones tales.

Así fué terminar Sancho estas palabras como iluminarse silenciosamente toda la calle con hachas de viento y llenarse de visiones de blancos, sayos, mantos y luengas tocas vestidas. Tañían algunas medrosos pífanos y otras encubiertos y ronzos atambores. Venía así bien el rúcio de alas ribeteado y arropado á modo de gran grifo, al cual hacían guardia y servían de acompañamiento ocho lagartos y otros tantos gerifaltes.

—Bien está ello, dijo Sancho, que del puesto en que hora me encuentro no suele verse otra cosa alguna sinó de estas y todas en su silencio andando su camino; y á mas sería bien que las señoras alimañas fuesen portadoras de alguna carroza ó carricoche siquiera, que bien se merece quien de procuraciones salir sabe triunfante. Y tardios son ya los clavileños.

Con lo que Sancho fué rodeado de las fantasmas, apagáronse los cirios y desapareció con toda la comitiva por aquellos campos solitarios.

EL REGIO ENLACE.

El águila imperial que supo un día
Abarcar en entrambos continentes
Tal número de estados diferentes
Que el romano poder ni aun presumia,

Aquella que radiante se cernia
Sobre pueblos y océanos rugientes,
Epopeya de tiempos y de gentes,
Pabellon de Lepanto y de Pavia,

Torna su vuelo á levantar sublime,
Emblema no de airada prepotencia
Que espante al orbe que obedece y gime;
Tenante del blason por excelencia
Dó el áustro-hispano sol timbra é imprime
Honor, gloria eternal, virtud y ciencia.

El Sr. D. Eduardo Augusto de Bessón abogado de los ilustres colegios de Madrid, Bilbao y Búrgos, publica en esta Capital un Diccionario de la Novísima Compilacion general de las disposiciones vigentes sobre el Enjuiciamiento criminal. La utilidad de esta obra, el crédito é inteligencia del autor, lo bello y apropiado al objeto de la tipografía recomiendan eficazmente este trabajo, que, como todos los del Dr. Bessón, obtiene extraordinaria y benévola acogida del

público ilustrado. — Búrgos, casa del Autor; dos pesetas cincuenta céntimos por libranza, los pedidos.

Mr. FRIZZO en su única funcion de prestidigitacion y nemotécnia que ha dado en el último domingo en esta Ciudad ha merecido justamente el aplauso del público. Novedal, buen gusto, variedad, oportunidad, todo distingue al acreditado viajero, á quien enviamos nuestro parabien. Ningun aparato de esos que llenan el escenario para funciones semejantes, ninguna exageracion, presteza, limpieza, mérito, esto es lo que se hace estimar muy particularmente. Sentimos no poder dedicar mayor espacio del periódico al Sr. Frizzo, comprometidas como tenemos nuestras columnas á largas obras; pero conste que es el Sr. Frizzo además un excelente nemotécnico, hombre de ameno ingenio, de muchos recursos y de una amabilidad extraordinaria.

El sexto Regimiento montado del Cuerpo de Artillería de guarnicion en esta plaza ha celebrado con la distincion, inteligencia y exquisito gusto que le caracterizan la funcion religiosa anual que dedica á Santa Bárbara.

El templo de San Gil brillantemente decorado, el sagrado cántico dicho con tanto acierto por personas tan dignas y cultas como lo son los señores Azuela, Barrio, Gallo, Sancho, Sierra, Vela, Zaragoza y otras, el hermoso, nutrido y bello panegírico pronunciado por el Sr. D. Joaquín Cervera capellan del bravo y selecto Regimiento de Caballería de España, todo en su conjunto y en sus detalles ha producido un efecto tan completo como digno de aplauso. La música del Sr. Zuaznabar y del Maestro Mercadante ha sido expresada felicísimamente. Nuestro parabien á cuantos han tomado parte en la muy notable funcion. La concurrencia mucha.

Točan ya á su término las obras que se verifican en la Biblioteca provincial, especialmente las destinadas á la creacion del **Archivo de Castilla**, tan necesario. Con este motivo apelamos al amor patrio y al sentimiento de dignidad del país, suplicando á toda clase de personas se sirvan contribuir á la gran idea, sin detenerse en obstáculos, y depositen en la Biblioteca los documentos de su honra y de su gloria, recordando que la historia de Castilla y la de Búrgos no existen, y es tiempo de comenzar empresa tan grande.

No dudamos que estas palabras causarán su natural efecto y tendremos el honor de consignar los nombres de los amantes de su patria.

Imp. de la viuda de Villanueva.